

PARROQUIA DEL SALTILLO. HOY CATEDRAL.

que estaban en poder de los jefes realistas, que no debían esperar más que el último suplicio.

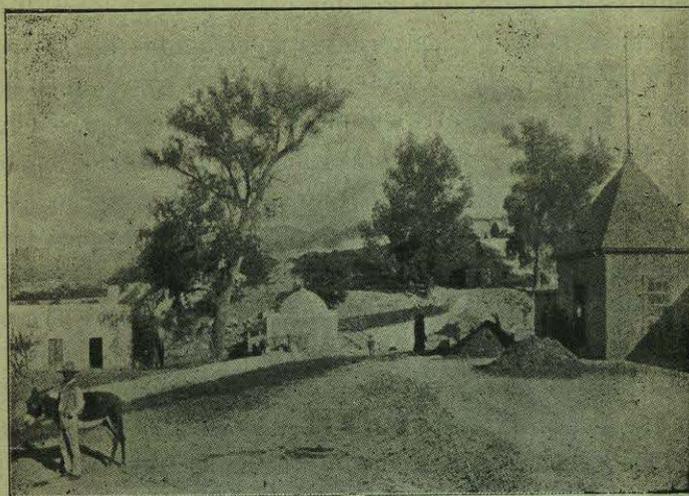
La contestación fue redactada por Hidalgo en su nombre y en el de Allende, y dirigida directamente al virrey; en ella expresan ambos su determinación de no entrar en trato alguno, que no tenga por base la libertad de la nación y agregan: "Han perecido muchos europeos y seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composición. *El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria*, y menos para los que son superiores en fuerzas. No se deje V. E. alucinar de las efímeras glorias de Calleja: estos son unos relámpagos que más ciegan que iluminan: hablamos con quien lo entiende mejor que nosotros. Nuestras fuerzas en el día son verdaderamente tales, y no caeremos en los errores de las campañas anteriores: crea V. E. firmemente, que en el primer reen-

"cuentro con Calleja, quedará derrotado para siempre. Toda la nación está en fermento: estos movimientos han despertado á los que yacían en letargo. Los cortesanos que aseguran á V. E. que uno ú otro solo piensan en la libertad, le engañan. La conmoción es general y no tardará México en desengañarse, si con oportunidad no se previenen los males."

A fin de acordar un plan de operaciones, se tuvo una junta de guerra en la que, después de opinar cada jefe como mejor le parecía y tras una prolongada discusión no llegaron á tener ningún acuerdo y sólo sí estaban conformes en que por la falta de armas tenía que fracasar cualquiera plan de campaña que se acordara, y como las armas sólo podían adquirirlas en los Estados Unidos, viendo que había fracasado su intento de entablar relaciones amistosas con aquella nación, con motivo de la prisión y muerte del embajador que habían nombrado don Pascasio Ortiz de Letona, resolvieron nombrar un segundo ministro plenipotenciario que lo substituyera y á la vez determinaron los mismos caudillos avanzar hasta Tejas, con el fin de estar más cercanos de Estados Unidos y estar en fácil comunicación con el nuevo comisionado y aun, en caso preciso, pasar ellos mismos la frontera é ir, personalmente, á arreglar el asunto.

Recayó la elección de plenipotenciario en el mariscal de campo, Lic. don Ignacio Aldama, y como asociado y segundo en la comisión, para que lo substituyera en caso de muerte, en el capellán mayor R. P. Fray Juan de Salazar del orden de San Francisco, á los que Allende les expidió sus respectivos nombramientos, fechados en el campamento del Ojo de Agua del Saltillo, el 6 de febrero de 1811, el de Aldama, y el día 8 del mismo mes, el de Salazar.

Partieron inmediatamente el Lic. Aldama y el P. Salazar al desempeño de su comisión; y el día 16 se tuvo otra junta, con el fin de nombrar los jefes que debían quedar con el mando del ejército, para que siguieran las operaciones militares; recayó el nombramiento de general en jefe en el teniente general don Mariano Abasolo y de su segundo, en el de igual grado don Joaquín Arias; pero ninguno de los dos aceptó el cargo, excusándose con que no se creían capaces para desempeñarlo: hecha nueva elección, recayó en el Lic. general don



SALTILLO. EL OJO DE AGUA.
LUGAR DONDE TUVO SU CAMPAMENTO ALLENDE.

Ignacio López Rayón, como general en jefe y de sus segundos el Lic. Arrieta y don José María Licéaga.

Hechos los nombramientos de los jefes que debían quedar con el mando del pequeño ejército, se dispuso la marcha para Tejas y, al efecto, mandó Jiménez, órdenes á todas las autoridades del tránsito para que previnieran víveres, forrajes, y bestias de carga, y se hiciera también, un recibimiento decente y digno á los caudillos.

LA TRAICION DE ELIZONDO.

Dice Alamán¹ que el obispo Marín, cuando tuvo noticia de la derrota de Cordero en Agua Nueva, salió de Monterrey para Matamoros en donde se embarcó para México; pero esto no es cierto: Salió, efectivamente, con ánimo de embarcarse, pero no llegó ni al Refugio (Matamoros), sino que se regresó y anduvo de incógnito, recorriendo su obispado y habitando de preferencia en los ranchos, en donde podía ser menos vigilado por las autoridades y estar con mayor libertad para los trabajos que se había propuesto, que no eran otros que promo-

¹ Tomo II, pág. 75.

ver una contrarrevolución, por medio de la cual volvieran aquellas provincias al dominio y obediencia del rey, con este fin y trabajando siempre en las tinieblas, procuró atraerse á los principales y más prestigiados jefes de las tropas provinciales, para lo que se valió de comisionados activos y de toda su confianza. Estaba en San Antonio de Béjar á la sazón el subdiácono don José Manuel Zambrano, quien, por su vida aventurera y escandalosa, había dado demasiado que hacer á sus preladados, pero era inteligente, desidido y activo, cualidades más que suficientes para que el Sr. Marín le encargara los trabajos de la contrarrevolución en Tejas, de cuya provincia era gobernador el capitán de milicias don Juan Bautista Casas, el mismo que había encabezado allí la revolución; su carácter déspota y arbitrario le había granjeado no pocas enemistades en aquel vecindario y esta coyuntura fue la que aprovechó Zambrano, para cumplir con su misión, pues comprendiendo que una contrarrevolución era imposible, porque, lo mismo las tropas que el pueblo, habían abrazado el partido de Hidalgo con el mayor entusiasmo y buena fe, tuvo que proceder con la mayor hipocresía, recurriendo al ardid y la chicana para realizar su intento.

La noche del 27 de febrero llegaron á San Antonio de Béjar el Lic. Aldama y el P. Salazar, de paso para Estados Unidos, á donde se dirigían en cumplimiento de la comisión que Allende les confió, y esa misma noche se le presentó Zambrano al P. Salazar, diciéndole que el gobernador Casas se portaba muy mal, que el pueblo estaba muy disgustado con sus proceder, por lo que sería conveniente que se formara una junta de gobierno que sirviera de freno á los desmanes de Casas; pero Salazar le contestó que ni él ni Aldama tenían facultades para formar juntas, ni menos para revocar lo que Jiménez determinaba, pero, por no dejar á Zambrano sin ninguna esperanza, le ofreció que le hablaría á Aldama para ver si él podía hacer algo.¹

No habiéndole dado resultado este ardid al P. Zambrano, puso en práctica otro que le fue más provechoso, y fue éste el de hacer sospechoso á Aldama, haciéndolo pasar como agente

¹ Declaración de Fray Juan de Salazar, en su causa. Hernández Dávalos. Documentos, T. I. pág. 208, 1ª columna.

de Napoleón, porque en el uniforme que usaba, como mariscal de campo, llevaba un cordón sobre el hombro izquierdo lo que asemejaba su uniforme al que usaban los oficiales franceses, y haciendo circular la especie de que la misión que llevaban á Estados Unidos era la de entregar el reino á los franceses, y con estas calumnias y otras razones más que supo emplear, pudo hacerse de partidarios entre la tropa y en la noche del primero de marzo, se reunió en su casa con sólo cinco de sus partidarios y resolvieron dar el golpe inmediatamente y antes de amanecer ya estaba preso el gobernador Casas y detenidos en su alojamiento Aldama y Salazar, á pretexto de que su pasaporte no era bastante para un embajador.

Los conjurados convocaron el día dos á los principales vecinos, para que nombraran una junta de gobierno la que debía funcionar solamente el tiempo preciso, mientras Jiménez, á quien se le daría parte inmediatamente de lo ocurrido, nombraba nuevo gobernador y disponía lo que mejor conviniese, y con este nuevo ardid de Zambrano, los vecinos no tuvieron ningún inconveniente en nombrar once vocales, bajo la presidencia del mismo Zambrano, el que intrigó como sabía hacerlo, para que los nombramientos de vocales recayeran en sus partidarios de mayor confianza; y una vez instalada la junta y habiéndose apoderado así del gobierno de la provincia, hizo que todos juraran defender los derechos de Fernando VII y de la dinastía de Borbón, quedando ya declarada la contrarrevolución y presos en toda forma, Aldama, Salazar, el gobernador Casas y todos los adictos á la independencia que allí se encontraban.

No cabe duda que el señor Obispo de Monterrey tenía buen tino para elegir á sus agentes, pues ya hemos visto el buen resultado que obtuvo el de Béjar y en seguida veremos cuál fue el que obtuvieron sus agentes en Monclova, que fue muy superior al obtenido por los de Béjar; pero quiero antes hacer aquí una aclaración: no se crea que yo tenga inquina al señor Obispo de Monterrey, pues si yo refiero sin embozo el participio que tuvo este prelado en la contrarrevolución efectuada en Tejas y Coahuila, es por que á ello me obliga la verdad histórica; pero no por que crea yo que los mexicanos tengamos derecho alguno para reprocharle al Sr. obispo Marín su proceder, pues esto sería obrar con deliberada injusticia,

puesto que el Sr. Marín, como español, estaba en el deber de ponerse de parte de España, so pena de aparecer como traidor á su patria y á su rey, á quien, además, estaba obligado á serle fiel y grato por los honores y distinciones que le había concedido, y lo único que tendríamos derecho á reprocharle sería la manera infame é inicua con que procedieron sus agentes para efectuar la contrarrevolución; pero no tenemos datos en que fundarnos, para saber si esos planes fueron concebidos y ordenados por el señor Marín ó fueron ideados por sus mismos agentes en vista de las circunstancias, aunque el hecho de haber sido idéntico, en el fondo, el procedimiento empleado por Zambrano y Elizondo, que operaban al mismo tiempo y á muchas leguas de distancia uno de otro, induce á sospechar el que ambos seguían un mismo plan preconcebido y ordenado de antemano; pero careciendo, como carecemos, de documentos que nos ilustren en esta cuestión, preferimos dejarla envuelta en las sombras de la duda á resolverla arbitrariamente.

En Monclova, había comisionado el señor Obispo Marín, á don Benigno Vela, oriundo de Nuevo León y que tenía muchos años de estar radicado en Monclova, para que trabajara allí por la contrarrevolución; Vela tenía estrecha amistad con Elizondo, de quien era ahijado de casamiento, y con este jefe inició sus trabajos, procurando atraerlo al partido de la contrarrevolución, pero como Elizondo había sido el principal y más activo instrumento de Jiménez para hacer que se pronunciaran aquellas provincias, en las que estaba bien relacionado, se encontraba demasiado ligado con los insurgentes para poder aceptar las proposiciones de su ahijado, tanto más, cuanto que no perdía la esperanza de obtener de Allende el empleo de teniente general, que Jiménez le había negado; pero Vela, que era activo y empeñoso, no se desalentó con la negativa de su padrino y á la vez que para no hacerse sospechoso con el gobernador Aranda, se vendía por su muy amigo y adicto, seguía ocultamente sus trabajos, de acuerdo con algunos sujetos que se había ganado, entre los que se encontraban don Tomás Flores, Salcedo y Herrera.

Cuando Allende llegó al Saltillo fue Elizondo á ponerse á sus órdenes y volvió á solicitar de él el empleo de teniente general que le había negado Jiménez y bien por sostener á

este jefe ó por alguna otra razón que Allende haya tenido para ello, el hecho fue que por segunda vez le fue negado el ambicionado empleo á Elizondo lo que lo disgustó sobremedera y desde luego pensó en vengarse declarándose por la contrarrevolución, y al efecto, en vez de regresarse á Monclova por el camino recto, tomó por Monterrey y se fue en busca del obispo con el que logró tener una entrevista en Salinas: oigamos como nos refiere este suceso el Dr. don Eleuterio González en su historia de Nuevo León, el cual lo supo de boca de un hermano del mismo Elizondo, dice así:

“Había en Pesquería Grande un hermano del traidor, y á este, que se llamaba don José María, pregunté yo el año 1839: ¿qué sabía de estas cosas? y me respondió: El obispo salió de Monterrey desde que se ganó la batalla de Agua Nueva, con ánimo de embarcarse, pero no llegó ni al Refugio (hoy Matamoros), sino que de por allí como de Camargo se volvió y andaba por los pueblos del Norte, el día que mi hermano vino resentido de los Generales, porque no habían atendido su mérito, el obispo, que estaba cerca de Salinas, vino y pasó la noche en la casa de mi hermano Ignacio. Yo no sé lo que hablarían ni vi á mi hermano al día siguiente, porque, al amanecer, el obispo se fue al rancho de donde había venido y mi hermano para Monclova.”

Efectivamente, después de aquella entrevista con el señor Marín, se dirigió Elizondo á Monclova resuelto á efectuar la contrarrevolución para vengarse del desaire recibido de Allende, y, tan luego como llegó á aquella población, continuó por sí mismo los trabajos que había iniciado Vela; se puso de acuerdo con Salcedo y Herrera, que, como hemos dicho, tenían la ciudad por cárcel; se atrajo á su partido á varios españoles vecindados en la población, y á los más oficiales de las compañías provinciales y presidiales que residían en Monclova y poblaciones vecinas, de estos últimos fueron el capitán don Domingo Menchaca que contaba con 300 indios lipanes y mescaleros de Pellotes, y el capitán don Ramón Díaz Bustamante, conocido por el capitán Colorado, á causa de tener muy encendido el color, éste tenía á sus órdenes 300 dragones provinciales.

En tal estado estaban los trabajos de Elizondo, cuando llegaron á Monclova los capitanes don José Muñoz y don Luis Ga-

lán que venían de San Antonio de Béjar, comisionados por Zambrano para hablar con él, trayendo la noticia de la contrarrevolución efectuada en Béjar y la prisión de Casas, Lic. Aldama, el padre Salazar y demás insurgentes, las cuales noticias vinieron á favorecer los planes de Elizondo, pues ellas le sirvieron para levantar el ánimo de los comprometidos y hacer que se decidieran á entrar en la conspiración algunos que hasta entonces, se habían manifestado remisos: y de estos últimos fue el teniente don José María Uranga¹.

Dice Alamán, y la mayor parte de los autores dicen lo mismo: que Aranda, á pesar de ser un hombre de sesenta y tres años, era amigo de diversiones y el 17 de marzo, mientras estaba entretenido en un baile que de propósito se le hizo etc., y sólo discrepan los historiadores en la manera como fue aprehendido el gobernador, pues unos dicen que lo fue en la misma sala del baile, y otros dicen que después del baile, se presentó Elizondo en la calle frente al balcón de la casa de Aranda, con un grupo de amigos simulando un gallo y victoriando al gobernador, que entonces éste salió al balcón á darles las gracias y los invitó á que pasaran; mandando abrir el zaguán, y aprovechando los conjurados aquella oportunidad verificaron la aprehensión del gobernador.

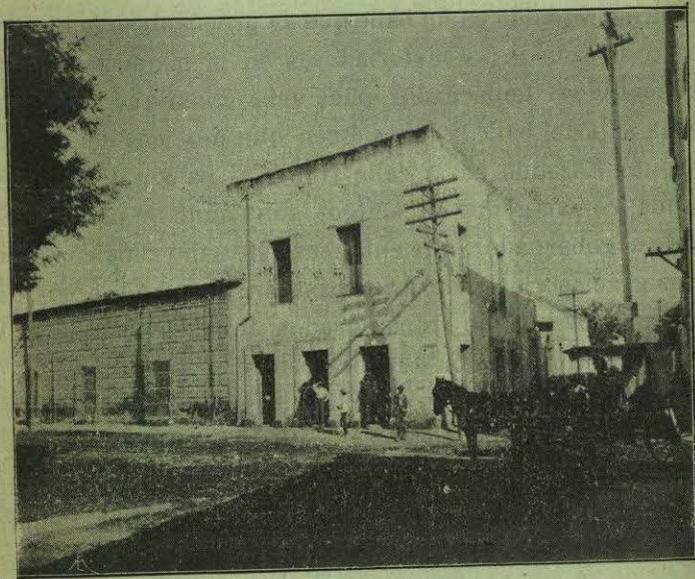
Por mi parte, en lo que se refiere á este suceso y los demás que se verificaron en Monclova, seguiré las relaciones que oí á muchas personas que alcancé á conocer, de los que fueron testigos presenciales de los hechos y varios de ellos tomaron parte en ellos, tal sucedió con la señora doña Josefa Castro,²

1. Esto se lo oí referir al mismo capitán Uranga quien decía que cuando supo lo que había pasado en Béjar, á lo que Elizondo agregaba que Melgares estaba en Parras con una fuerte división en combinación con Calleja que se aproximaba por san Luis con todo su ejército, creyó que todo se había perdido y que no le quedaba otra manera de salvarse que aceptar las proposiciones de Elizondo, y así fue como tomó participio en la conspiración.

2. Conocí mucho á doña *Chepita Castro*, como la llamaban en Monclova; era alta, fornida, sin que pudiera llamársele gorda, blanca, con el color de la cara algo encendido; ojos azules, el pelo debió haber sido rubio, pero cuando la conocí lo tenía negro, porque acostumbra pintárselo, operación que presencié varias veces: de su matrimonio con don Ignacio Castro, sólo tuvo una hija, doña Guadalupe la que casó con don Santos Avilés y tuvo un hijo único, José, que fue mi compañero inseparable de infancia y de escuela; la familia Avilés vivía frente á mi casa: doña Josefa, que vivía sola en la suya, sin más compañía que sus criadas, todos los días se los pasaba en la casa de su hija y en la mía, á donde entraba como á la suya propia, pues se trataba con mucha intimidad con mi familia; y así fue como

dueña de la casa donde se verificó el baile en el cual fue aprehendido el gobernador don Pedro Aranda.

Cuando Aranda fue á Monclova, como gobernador de aquella provincia, nombrado por Jiménez, llevó del Saltillo cartas de recomendación para don Ignacio Castro, persona acomodada, de las principales de Monclova, y muy adicta al partido insurgente, quien lo recibió muy bien y lo hospedó en su propia casa; el carácter sencillo y franco de Aranda le atrajo bien pronto las simpatías y aprecio de don Ignacio y su esposa doña Josefa, la que sólo contaba unos diez y ocho ó diez y nueve años de edad, pues, habiéndose casado de diez y seis años, tenía entonces poco más de dos de casada.



MONCLOVA. CASA DE DON MANUEL DE LA FUENTE, en donde según dicen, erróneamente, se verificó el baile en el cual fué aprehendido el gobernador Aranda. 1

Se aproximaba el 19 de marzo, día del santo de doña Josefa y, estando comiendo, le dijo Aranda á don Ignacio, que le permitiera obsequiar con un baile á su esposa el día de su santo, á lo que este le contestó, que tenía costumbre desde que se había casado de hacerle él ese obsequio á su esposa y

la oí referir ininidad de veces la relación de la prisión de Aranda y demás acontecimientos que tuvieron lugar en Monclova por aquellos días, cuyo recuerdo he podido conservar, por el hecho de que, cuando murió doña Josefa, por el año de 1859 á 1860, tenía ya 16 ó 17 años.

1. Véase la nota Complementaria.

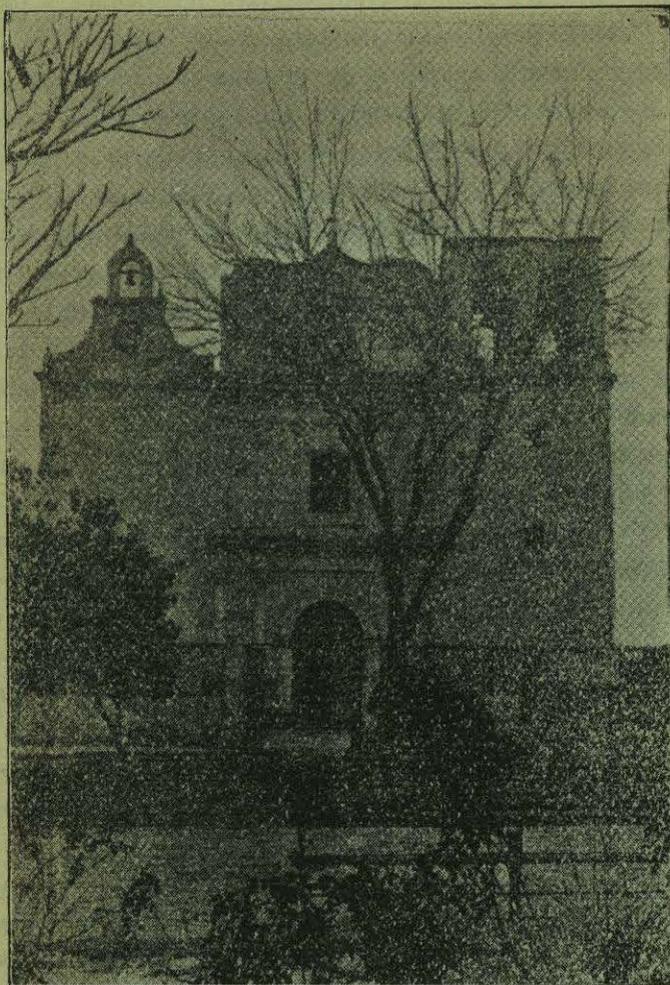
que ya tenía arreglado todo lo necesario para el del próximo diez y nueve: pero que no obstante esto, aceptaba con todo gusto su oferta, á condición de que eligiera cualquiera otro día, que no fuera el diez y nueve que le tocaba á él, y añadió, pues yo no creo que Chepita se disguste porque este año celebremos el día de su santo dos veces; entonces dijo Aranda que haría él su baile el día diez y ocho, á lo que replicó doña Josefa que ese día no convenía, porque tenían que llevar dos desveladas seguidas, que sería mejor que fuera el 17, que así tendrían de por medio un día para descansar, en lo que todos convinieron y quedó acordado que el baile ofrecido por el gobernador se verificara el día 17: en esta conversación estaban cuando se presentó don Benigno Vela, y Aranda le suplicó que él, como conecedor de la población, se encargara de arreglar todo lo necesario para la fiesta, para lo que podía asociarse con el teniente Uranga, lo que aceptó con todo gusto Vela ofreciendo cumplir su cometido lo mejor que le fuera posible.

Tal fue el origen de aquel famoso baile que ha venido á figurar en las páginas de la historia, y el hecho de haber sido Vela y Uranga los comisionados para arreglarlo y el haber sido estos individuos de los conjurados, es probablemente lo que dió origen al error en que han incurrido los historiadores, de que los conjurados le dieron el baile al gobernador, para entretenerlo en él, mientras ellos realizaban sus planes, pues lo único que éstos hicieron fue aprovecharse de aquella insperada oportunidad que se les presentó, para realizar su intento, como lo verificaron.

Elizondo que, con pretexto de visitar los destacamentos, salió á conferenciar con los comprometidos, llegó á Monclova al anochecer del 17, y estuvo oculto en la casa de Vela hasta las nueve de la noche que salió de incógnito, para disponer su gente y dar el golpe que había premeditado.

En la misma la noche del 17 de marzo de 1811, y antes de las nueve, la sala de la casa de don Ignacio Castro estaba plena de las familias invitadas al baile que daba aquella noche el gobernador para obsequiar á la dueña de la casa y á las nueve y media se bailaron las primeras cuadrillas ² y de ahí se

2 Cuando relataba estos hechos la señora Castro, lo hacía con un sinnúmero de detalles, mencionaba por sus nombres á todas las fami-



MONCLOVA. PARROQUIA.

siguieron otras piezas de baile de las de la época; Aranda, no bailaba; desde el principio de la fiesta estuvo sentado en uno de los ángulos de la cabecera de la sala, junto á una rincónera; á su lado estaban el dueño de la casa y su esposa, cuando no estaban bailando: serían como las once de la noche y acababan de sentarse las parejas que habían bailado una pieza, cuando entró pricipitadamente Elizondo y se dirigió á donde estaba el gobernador; éste, que no lo esperaba,

lias y personas concurrentes, y los lugares que ocupaban en la Sala del baile.

pues creía que estaba todavía visitando los destacamentos, al verlo entrar tan pricipitado, se figuró que le venía á dar parte de alguna novedad y le preguntó alarmado: ¿qué pasa, don Ignacio, que anda v. haciendo? nada, señor, le contestó el traidor, no se alarme v. no hay mas novedad sino que á nombre del rey N. S. se dé vuestra merced por preso, y diciendo ésto le puso una pistola al pecho: en aquél momento penetraron á la sala unos veinte soldados capitaneados por el capitán Menchaca y el teniente Uranga y formaron frente á la puerta; intertanto, Elizondo le seguía diciendo á Aranda: no se alarme v. nada le pasará, será tratada su persona con las mismas consideraciones con que trató v. á los señores Herrera y Salcedo y sólo deseo que sin excusa ni pretexto me firme esta carta y desdoblado una que llevaba escrita la puso extendida sobre la rincónera, cubriéndola con una mano mientras con la otra seguía empuñando la pistola. Aranda, que estaba muy pálido con la sorpresa, dijo: la firmaré, pero no hay tintero y volviéndose á los dueños de la casa, les dijo: tienen ustedes un tintero? si señor contestó doña Josefa, y toda temblorosa se levantó á buscarlo, volvió con él y Aranda, sin darse cuenta de lo que hacía, ni preguntar siquiera para quien era aquella carta ó cual era su contenido, tomó la pluma y la firmó, Elizondo volvió á doblarla, se la guardó en la bolsa y le repitió á Aranda que no tuviera cuidado que se le trataría con todas las consideraciones á que se había hecho acreedor, que el capitán Menchaca tenía ya instrucciones sobre el particular y seguido del teniente Uranga se retiró; entonces se acercó Menchaca al gobernador, seguido de dos soldados, uno de los cuales llevaba un lazo, y dándole mil satisfacciones á Aranda y disculpándose con que como soldado tenía que obedecer, mandó que se le amarraran los brazos por detrás y, en esa forma, lo sacó de la casa y se lo llevó preso á La Guardia.¹

Elizondo, acompañado de Uranga, al dejar la casa de Castro, se dirigió á la de Vela, en donde estaban ya preparados los caballos en que Uranga y el soldado Pedro Bernal debían emprender su viaje al encuentro de Jiménez, para entregar-

¹ Con este nombre es conocido en Monclova el cuartel que fue de las compañías presidiales, el que está en la plaza contiguo á la parroquia y se conserva en el mismo estado hasta hoy.



MONCLOVA (COAHUILA)

Cuartel de la compañía presidencial, conocido por "La Guardia"

le la carta que acababa de firmar Aranda y en la cual le decía que toda la Villa se preparaba con gran entusiasmo para recibir á los caudillos insurgentes, á los que se les preparaban grandes fiestas; que él, por su parte, había dispuesto que Elizondo con parte de las fuerzas que guarnecían la plaza saliera á situarse en Baján, para que les hiciera los honores correspondientes.¹

Uranga encontró á Jiménez en Anhele y allí le entregó la carta, regresando luego á Baján á donde se reunió con Elizondo el día 20, cumpliendo con las órdenes que de este había recibido y por esto sin duda lo enumera en su parte Herrera en primer lugar entre los oficiales que llevó Elizondo, no porque haya salido con éste de Monclova el día 19 sino porque tenía orden de incorporársele en Baján, como lo verificó.

En menos de tres horas, sin ninguna alarma y sin dispa-

¹ Estos hechos nosólo se los oí referir á la señora Castro, sino á otras varias personas que las presenciaron y al mismo don José María Uranga, á quien conocí, pues era compadre de mis padres y visita diaria de mi casa.

rar un tiro, los conjurados se habían adueñado de la plaza y la fuerza que la guarnecía, la que en parte se les reunió y los que no quisieron unírseles quedaron presos, pues los sorprendieron dormidos.

Elizondo, que era activo y precavido por la experiencia que había adquirido en la guerra con los indios, antes de proceder á la prisión de Aranda y de apoderarse de la artillería y el cuartel, mandó con el mayor sigilo rodear la villa con un cordón de centinelas, unos á pié y otros á caballo, con el fin de evitar que alguien pudiera salir á darle aviso á Jiménez de lo que allí pasaba, y así fue que, aunque había allí muchos adictos á la revolución, nadie pudo darles aviso á los caudillos insurgentes de aquel movimiento contrarrevolucionario.

El día 18 por la mañana reunió Elizondo á las autoridades y á los principales vecinos en las casas reales y les manifestó la conveniencia de que se nombrara un gobernador interino que se encargara del gobierno de la provincia, mientras el virrey nombraba á quien debiera ejercer aquel cargo en propiedad, y, aceptada la idea, recayó el nombramiento en el teniente coronel don Simón de Herrera quien desde luego, previo el juramento respectivo, tomó posesión del gobierno, nombrando secretario á don Bernardo Villamil.

El día 19 por la tarde, salió Elizondo de Monclova al encuentro de los caudillos insurgentes, los que, según noticias que se tenían, debían llegar á Baján el día 21; llevaba Elizondo una fuerza de trescientos cuarenta y dos hombres, compuesta de veteranos, milicianos, vecinos de la villa y los indios comanches y mescaleros de la misión de Pellotes que había llevado el capitán Menchaca; llevaba como segundo jefe al teniente don Rafael del Valle y de subalternos al alférez don José M^a Uranga,¹ que debía reunirse en Baján, á los tenientes don Antonio Griego y don José María González, á los alférez don Nicolás Elizondo, don José María Jiménez y don Diego Montemayor y como jefes de los paisanos, el administrador de rentas don Tomás Flores y la justicia de San Buenaventura, don Antonio Rivas. Esa noche pernoctó Elizondo en Castaño, con su fuerza, y diez mulas que llevaba

¹ He dicho más antes que Uranga era teniente, pero tal vez los realistas sólo le reconocieron el empleo de alférez, y por esto así lo llama Herrera, aunque después de lo de Baján se le ascendió á capitán.

cargadas con reatas y lazos de lechuguilla, y al siguiente día, antes de amanecer, continuó su marcha hasta las lomas llamadas hoy del prendimiento, como tres cuartos de legua adelante de Baján, á donde llegó poco antes de medio día y mandó acampar.

Se ha dicho que Elizondo mandó tapar las norias de Baján para privar de agua á los insurgentes; pero esto había sido el mayor de los absurdos, pues el perjudicado habría sido él, dejando sin agua á su gente, á la caballada y bestias de carga que llevaba y, además, que teniendo premeditado aprehender á los caudillos en el lugar donde lo verificó, que se encuentra casi á una legua antes de llegar á las norias, el tapar éstas habría sido una operación del todo inútil: la noria que mandó tapar fue la de la Punta del Espinazo, que está á unos 33 kilómetros antes de llegar á Baján por el camino del Saltillo.

Mientras la tropa acampaba, Elizondo, acompañado de algunos de sus oficiales, recorría el campo estudiando su topografía para utilizarla al desarrollar el diabólico plan que había fraguado; y por la tarde, después de comer, mandó formar la tropa, los paisanos y los indios los dividió en grupos poniendo cada uno de ellos á las órdenes de un oficial y los instruyó en el papel que cada uno de ellos debía representar en el drama que preparaba para el siguiente día.¹

Las lomas del prendimiento forman, á la orilla occidental del camino del Saltillo, una pequeña cordillera de poca elevación, que corre de Sur á Norte, cubiertas de escasa y raquílica vegetación, y en esta parte forma un recodo algo extenso y muy pronunciado y este lugar fue el que aprovechó Elizondo, el siguiente día, jueves 21 de marzo, para ponerles una trampa á los insurgentes y, al efecto, colocó en aquel sitio á los indios de Menchaca, provistos de los lazos y reatas que había llevado, con orden de amarrar á todos los insurgentes que allí fueran llegando, dejó allí un piquete de veteranos con un oficial y el resto de la tropa la hizo formar valla al lado oriental del camino; de manera que, por el orden de formación, parecía que su objeto único era el de hacer los honores correspondientes á los caudillos; pero, por la posición estratégica

¹ Esto se lo oí referir muchas veces á mi tío abuelo materno don Ignacio Munive, que era sargento de la compañía presidial de Monclova y fue testigo presencial de todos aquellos acontecimientos.



BAJÁN. LAS LOMAS DEL PRENDIMIENTO.
Lugar donde fue aprehendido Hidalgo y demás caudillos insurgentes el 21 de marzo de 1811.

ca que ocupaba, obligaba á los insurgentes á pasar entre ella y las lomas, de manera que el que entraba en aquel callejón no tenía más remedio que ir á caer á la ratonera que estaba adelante.

La carta que Aranda había firmado en el baile, había dado el resultado previsto por el traidor: los generales insurgentes confiados en que caminaban entre amigos y en que no había enemigo alguno contra quien precaverse, marchaban en desorden y con la mayor confianza; la tropa y la artillería que traían la habían dejado á una regular distancia á retaguardia sin ningún jefe entendido y de respeto que la dirigiera en caso ofrecido; pues el único jefe que venía con ella era don Rafael Iriarte, el cobarde y miserable que siempre había evitado vergonzosamente el encontrarse con los realistas y que sólo había dado pruebas de su valor, cuando saqueaba poblaciones indefensas, como sucedió en San Luis Potosí y todas aquellas que encontraba sin guarnición.

A las nueve de la mañana se presentó la vanguardia de los insurgentes, compuesta de un teniente, cuatro soldados y el fraile mercedario Fray Pedro Bustamante, saludaron, se les contestó su saludo, y, sin sospechar nada, siguieron su cami-